
Acerca de la práctica social de los comunicadores

Consideraciones teóricas, metodológicas y políticas

Una mirada sobre comunicación y salud

Washington Uranga¹

Gastón Femia²

Hernán Díaz³

¿Qué es ser comunicador/a? Una identidad todavía en definición

Todos aquellos que se consideran a sí mismos como comunicadores/as han atravesado, quien más quien menos, por la circunstancia de no ser comprendidos/as en el sentido real de su condición científica y profesional. El imaginario social, fuertemente influenciado por la tradición periodística pero también por una cultura masiva atravesada por los medios induce rápidamente a fijar la mirada en el periodista o, más recientemente, en el conductor radial o televisivo. A la idea del comunicador/a como trabajador/a de los medios, se puede agregar también la perspectiva que suma desde el terreno académico para situarlo como el analista de los medios y los fenómenos comunicacionales culturales.

Creemos que ambas son miradas reductoras a insuficientes, porque dejan de considerar que más allá de la presencia o ausencia de estas tecnologías de la comunicación, toda práctica social puede ser analizada desde la comunicación, lo cual ubica al comunicador en la condición ineludible de científico social pero también de partícipe necesario del hacerse de las prácticas.

Lo dicho no hace sino poner de manifiesto la complejidad innata que tiene la definición de la práctica de los comunicadores hoy. Es la misma complejidad que ha quedado en evidencia en los propios debates académicos en el campo de la comunicación y que refieren al estatuto epistemológico del campo disciplinar, a las diferentes nociones de comunicación como objeto de estudio y campo de acción y, finalmente, a las diversas configuraciones imaginarias en torno al sentido ético, social y práctico de la acción del comunicador.

Más allá de los medios y las tecnologías, pero incluyendo a ambos, las prácticas constituyen el ámbito de la acción de los comunicadores y es ahí donde su propia condición de comunicador se define y redefine en interlocución con los sujetos presentes e intervinientes. El comunicador es siempre un sujeto situado en un espacio, en un tiempo y un sistema de relaciones, que configura allí el sentido de su práctica científica y profesional.

Al referirnos a las prácticas sociales estamos hablando de experiencias atravesadas por relaciones de comunicación. Toda práctica social es factible de ser reconocida como espacios de interacción entre sujetos, en los que se verifican procesos de producción de sentido, de creación y recreación de significados, generando relaciones en las que esos mismos sujetos se constituyen individual y colectivamente. Prácticas en las que intervienen los medios, como un componente fundamental de las prácticas sociales hoy, como parte indiscutible del proceso de construcción de la realidad, pero nunca como única variable.

¹Periodista, docente e investigador de la comunicación. Uruguayo. Director de la Maestría en Planificación y Gestión de la Comunicación, Fac. de Periodismo y Comunicación Social, Univ. Nacional de La Plata, Argentina. wuranga@ciudad.com.ar.

²Licenciado en Comunicación Social. Argentino. Investigador de la comunicación. Docente en la Carrera de Ciencias de la Comunicación, Univ. de Buenos Aires, Argentina. gasfe@ciudad.com.ar

³Licenciado en Comunicación Social. Argentino. Investigador de la comunicación. Docente en la Fac. de Periodismo y Comunicación Social de la Univ. Nacional de La Plata, Argentina. herdiaz@hotmail.com.ar

Los Comunicadores y su Responsabilidad Social

¿Qué debería entenderse por comunicador social en un tiempo en que *“los medios de comunicación han absorbido buena parte del debate que ocurre en torno a los asuntos públicos e incluso de los asuntos privados, siendo una representación o puesta en escena de éstos”*⁴?

La profesión del comunicador se constituye hoy como una labor profesional en el campo de las ciencias sociales que complejiza el campo periodístico que fue punto de partida. No sólo quienes trabajan en los medios son comunicadores, sino también aquellos que, sirviéndose de las herramientas y los recursos propios de la comunicación, son capaces de hacer contribuciones a la vida de los grupos, las empresas, las comunidades y las organizaciones.

El propio desarrollo del campo disciplinar nos permite hoy comprender que el escenario social contemporáneo está atravesado por situaciones de comunicación que lo van constituyendo. Desde una lógica de transformación, en este escenario se reconocen a su vez actores sociales que necesitan vincularse, entrar en comunicación a partir de sus afinidades y sus diversidades. La tensión dialéctica entre conocimiento teórico y práctico ha instalado la complejidad como punto de partida y de llegada del análisis y de la intervención de los comunicadores en las prácticas sociales.

Así planteado el comunicador está en capacidad de reconocer nuevas formas de interacción entre los sujetos, modificar su manera de entender las relaciones sociales, dejarse transformar por las prácticas y, simultáneamente, intervenir creativamente en ellas. Todo ello ocurre en el marco de la misma acción, en una simultaneidad sólo disociable a efectos analíticos.

Más allá de los avatares propios de la comunicación como campo disciplinar existe un consenso entre intelectuales y pensadores. La crisis de los paradigmas interpretativos, la crisis de la idea de progreso impuesta por la modernidad, y la de los grandes relatos que le sirvieron de soporte, produjeron un desplazamiento de la mirada que enfatiza en lo relacional como constitutivo de los sujetos y sus prácticas. En este nuevo marco la comunicación emerge no sólo como un dato para ser reconocido, sino como una necesidad interpretativa de lo que ocurre y una manera de visualizar esas mismas relaciones.

Ignacio Ramonet dice que “el progreso es hoy un paradigma general que ha entrado en crisis” y se pregunta “¿Cuál es el paradigma que lo reemplaza?, para responderse que es la comunicación. *“Cualquiera que sea la actividad sobre la que se piense hoy, la respuesta masiva que se nos da es: hay que comunicar. Si en la familia las cosas no marchan es porque los padres no hablan con sus hijos. Si en una clase las cosas no funcionan es porque los profesores no discuten bastante con sus alumnos. Si en una fábrica, o en una oficina, el asunto no va, es porque no se discute bastante”*⁵.

Por un lado se trata del reconocimiento de que la comunicación está hoy presente, en las más diversas formas, en la construcción del escenario y de las prácticas sociales. Por ese mismo motivo es imprescindible contar con saberes, herramientas y técnicas que permitan reconocer cómo lo comunicacional se constituye en ese espacio y cómo colabora en la construcción de las relaciones entre los distintos actores, individuales y colectivos.

El riesgo, no obstante, es caer en lo que Daniel Prieto Castillo denomina el *imperialismo de la comunicación*: todo es comunicación y la comunicación se constituye es una especie de

⁴ MACASSI, Sandro. “Las agendas públicas”. En AAVV, Escenografías para el diálogo. Lima, CEAAL, 1997. p. 110

⁵ RAMONET, Ignacio. La tiranía de la comunicación. 3ra. edición, Madrid, Temas de Debate, 1998. p. 61

bálsamo que todo lo puede y todo lo cura. Asumiendo esta mirada se llega incluso a perder de vista que los conflictos sociales son el resultado de opciones económicas, políticas y culturales y que aunque se expresen comunicacionalmente y se manifiesten a través de mensajes, no pierden su condición determinante. En otras palabras: no hay soluciones comunicacionales para conflictos políticos. Aunque sí hay maneras de entender estos conflictos a través de los mensajes de los actores, de la información que generan, de sus formas de relacionarse, es decir, de la comunicación.

Una demanda salarial es un problema económico y político, que se manifiesta también comunicacionalmente en el debate, en la pugna simbólica y en el diálogo entre patrones y obreros. Sin duda que realizar una tarea para establecer mejores circuitos de información e instancias de comunicación entre las partes ayuda a la búsqueda de soluciones. Pero no resuelve el problema de fondo, que seguramente está emparentado con la lucha por la distribución del ingreso y el poder en la sociedad.

Lo comunicacional, si bien es constitutivo de todas las relaciones humanas y sociales, está atravesado y atraviesa otros campos disciplinares. Se trata de construir respuestas complejas para realidades que también lo son. Lo anterior tiene que ver con la idea de que *“la comunicación no es sólo un asunto de medios y de grandes masas, sino de procesos y de redes y de grupos o individuos”*⁶ que con su accionar van configurando prácticas sociales. Por este mismo motivo el mayor reto para quienes intentan definir su trabajo en el campo de la producción del conocimiento y la investigación en comunicación está centrado en repensar nuevas formas de articulación de las demandas comunicativas y las prácticas sociales de diversos actores.

En otras palabras: la condición de comunicador tiene que ver con los saberes y las técnicas propias de la comunicación pero termina de definirse con relación a las prácticas que son objeto de intervención. Jesús Martín Barbero se ha preguntado con relación a esto cómo se ha podido pasar tanto tiempo refiriendo lo comunicacional exclusivamente a los medios sin tomar en cuenta la transformación misma del tejido social y de sus modos de relación que, en definitiva, constituyen la trama cultural⁷.

Rosa María Alfaro distingue seis dimensiones que, desde la comunicación, aportan a la construcción social:

- visualizar a los actores (sujetos y grupos), permitiendo conocer a la gente, trabajar sus demandas y necesidades, para lo cual el comunicador se convierte en facilitador y promotor del debate;
- sensibilizar y motivar sobre el futuro y sobre el valor del esfuerzo colectivo de cambio, trabajando la fuerza simbólica de un proceso sostenido y trascendiendo el pragmatismo de la solución inmediata de los problemas;
- construir y consolidar relaciones estratégicas entre sujetos e instituciones, potenciando el diálogo e intercambios entre diferentes y construyendo acuerdos;
- generar intereses y voluntades públicas, transformándose de esta manera en escuela de opinión, poniendo en el espacio del debate temas e intereses comunes y, de esta manera, creando esfera pública;
- promoviendo discursos y demandas sociales, propiciando y estimulando a los sujetos para que trabajen sus propias propuestas, desde sus propias lógicas y a través de debates específicos;

⁶ OROZCO GÓMEZ, Guillermo. Al rescate de los medios. México D. F., Universidad Iberoamericana – Fundación Manuel Buendía, 1994. p. 22

⁷ “¿Cómo hemos podido pasar tanto tiempo intentando comprender el sentido de los cambios en la comunicación, incluidos los que pasan por los medios, sin referirlos a las transformaciones del tejido colectivo, a la reorganización de las formas de habitar, del trabajar y del jugar? ¿Y cómo podríamos transformar el ‘sistema de comunicación’ sin asumir su espesor cultural y sin que las políticas busquen activar la competencia comunicativa y la experiencia creativa de las gentes, esto es su reconocimiento como sujetos sociales?”. MARTÍN BARBERO, Jesús. “De los medios a las prácticas”. En OROZCO GÓMEZ, Guillermo (coordinador). La comunicación desde las prácticas sociales. Reflexiones en torno a su investigación. México, Univ. Iberoamericana, 1990. p. 17

- construyendo el sentido del desarrollo social desde lo particular, pero con actores y temas articulados, para lo cual el comunicador debe actuar como “tejedor” de la articulación desde lo específico y lo particular⁸.

El comunicador entendido en el marco de esta concepción que aquí venimos desarrollando debería preguntarse:

- por el escenario social complejo en el que tiene que desenvolver su acción;
- por los conocimientos teóricos y las destrezas técnicas de su formación específica en relación con ese escenario; y
- por el sentido ético, social y práctico de su intervención.

Una Perspectiva Epistemológica

Conocer es volver a crear

Para la física o para la astronomía existe un objeto claramente determinado y éste no se modifica a partir de fines humanos. En cambio, “el objeto de las ciencias sociales es siempre un objeto histórico, es decir, que el propio conocimiento a que aspiramos, el conocimiento científico, es una realidad material (una práctica humana) que se modifica y cambia por la propia actividad de los que, produciéndola, hacen ciencia”. De esta manera “el conocimiento (...) es una realidad efectiva por la que los sujetos que lo aplican renuevan sus prácticas, repitiéndolas y, a la vez, innovándolas (reproducción), y el conocimiento se hace colectivo por el intercambio comunicativo (dialéctica) y por la experiencia de transformación del entorno, etc.”⁹

El ejercicio de problematización de las prácticas sociales se apoya necesariamente en presupuestos teóricos que sirven de base a las técnicas y que habilitan, a la vez que condicionan, el reconocimiento de las prácticas y hacen posible la intervención.

En su hermenéutica filosófica Hans-Georg Gadamer¹⁰ entiende que siempre, indefectiblemente, la pertenencia del hombre a un mundo precede a toda objetivación posible. Toda comprensión tiene un carácter condicionado y “prejuicioso”. En tanto y en cuanto somos seres finitos, debemos tener en cuenta siempre los condicionamientos históricos de cada una de nuestras ideas. Existe un vínculo ineludible que nos liga con el pasado, con la tradición, con la historia y con el lenguaje.

Entonces, “*todo conocimiento es la recreación de una tradición a través de las interpretaciones que desde nuestra situación histórica particular hacemos de ella*”¹¹. Decimos entonces que conocer es volver a crear. Pero si el conocimiento es volver a crear la tradición ¿no se trata entonces de un mero repetir? ¿Existe alguna posibilidad de innovación? El conocimiento no es una mera repetición pero tampoco es una creación total. Siempre existe una cuota de creatividad en el acto de conocer, pero es una creatividad condicionada por la historia y el lenguaje del intérprete. La innovación está dada por la situación particular e irrepetible del intérprete y la limitación por la comunidad de sentido a la que pertenece ese intérprete.

A esto debemos sumar que el investigador está atravesado por una determinada “voluntad de saber de la época”¹². Según la época histórica, se ve de distinta manera y se dicen diferentes cosas acerca del mundo que nos rodea. Por ejemplo, “para nosotros el sol es una

⁸ Ver ALFARO, Rosa María. Una comunicación para el desarrollo. Lima, Ed. Calandria, 1993.

⁹ PIÑUEL RAIGADA, José L.; Teoría de la comunicación y gestión de las organizaciones, Madrid, Edit. Síntesis, 1997, pág. 14

¹⁰ Ver PARDO, Rubén; “El giro hermenéutico en las ciencias sociales” en DÍAZ, Esther (comp); La ciencia y el imaginario social, Buenos Aires, Edit. Biblos, 1996, pág. 216 y ss.

¹¹ Ibid.

¹² Tomando una expresión original de Michel Foucault.

estrella, pero para los incas era un dios. Nosotros nos referimos al sol como un elemento natural mientras que los incas le rezaban”¹³. Cada época pensó la ciencia de una manera propia y particular en relación con una forma de concebir la realidad y la racionalidad. El conocimiento científico tiene su sentido en tanto la sociedad de una determinada época lo concibe y la valida como tal.

De la misma manera, el concepto de ciencia varía históricamente: la comunidad científica forja un concepto de ciencia a partir de la autocomprensión que los actores sociales tienen de sus propias prácticas y de la manera como los mismos científicos se relacionan con esas prácticas¹⁴.

Estas diferentes formas de ver y nombrar al mundo van constituyendo paulatinamente los saberes de una determinada época histórica. Estos saberes, no obstante, no pueden ser reconocidos como legítimos si no están avalados por algún dispositivo de poder. A su vez, quien tiene el poder precisa de los saberes reconocidos en determinada época histórica para legitimar y conservar su poderío. Tal como plantea Esther Díaz, poder y saber interactúan y ninguno puede sostenerse sin el otro. A lo largo de la historia nacen, permanecen y se descomponen, saberes asociados a poderes que además están vinculados con las prácticas sociales del momento.

En este sentido, en el marco de las condiciones de verdad de una época, los dominios de saber surgen de las prácticas sociales. Estos dominios de saber, a su vez, están constituidos por un conocimiento considerado serio, sólido, coherente y verdadero en una época determinada, de manera que los mismos alcanzan el nivel de verdad susceptible de ser legitimada socialmente. Esther Díaz se refiere a la ciencia como el conocimiento que cada época histórica considera sólido, fundamentado y avalado por determinadas instituciones¹⁵.

Esta perspectiva coincide con la de Michel Foucault quien afirma que la verdad es una producción social. Tanto el objeto como el sujeto del conocimiento, del mismo modo que la verdad, se constituyen en función de las relaciones de poder, de relaciones entre seres humanos, de prácticas sociales. Por lo mismo, sujeto y objeto se constituyen atravesados por los contextos históricos, sociopolíticos, culturales y económicos en los que son comprendidos y analizados.

En ese sentido la idea de ciencia como saber desinteresado no está exenta de los mecanismos de poder que validan su condición. El estatuto de verdad de una teoría o concepción reside tanto en su riqueza de aporte a la ciencia misma como en su capacidad de imponerse como verdad sobre otras construcciones en una determinada época y en un determinado contexto social.

Hoy por hoy, esa validez epocal de lo científico está fuertemente atravesada por la lógica de la eficacia, entendida y validada casi exclusivamente por parámetros económicos y leyes de mercado que determinan, en última instancia, la condición de verdad.

En las prácticas sociales se engendran dominios de saber a partir de los cuales se generan objetos, conceptos y técnicas constituyendo sujetos de conocimiento. Pero, al mismo tiempo, el científico social y el comunicador entendido como tal “no estudia (como el de las ciencias duras) a un ser natural que no es artífice de sí mismo, sino a un ser cultural que tiene las posibilidades de incidir, en mayor o menor medida, en sus propias condiciones existenciales”¹⁶.

¹³ DIAZ, Esther; “Un nuevo Kantismo.Foucault”; en DIAZ, Esther (comp.), La ciencia y el imaginario social, Buenos Aires, Biblos, 1996.

¹⁴ Ver PARDO, Rubén; “Verdad e historicidad, El conocimiento científico y sus fracturas”, en DIAZ, Esther (editora), La posciencia. Buenos Aires, Edit. Biblos, 2000

¹⁵ DIAZ, Esther; “Conocimiento, ciencia y epistemología”; en DIAZ, Esther (editora), Metodología de las ciencias sociales, Buenos Aires, Edit. Biblos, 1998, pág. 20

¹⁶ Ibid, pág. 26.

Los sujetos participan activamente de la construcción del mundo que, a su vez, los construye. Las condiciones materiales objetivas de existencia de los sujetos están también hechas de “representación y voluntad” según la expresión utilizada por Schopenhauer¹⁷.

“Las miradas que observan a los mundos contemporáneos son muy diversas, las formas que las agrupan son parte del ejercicio de la mirada que mira a las miradas”, sostiene Luis Jesús Galindo Cáceres. *“En este escenario –continúa diciendo– las apuestas también son variadas y urgentes. Un ramillete de opciones aparece ante el observador en busca de alternativas de atención. Este tipo de observación, de segundo orden, es el campo estricto de la reflexión metodológica. Y desde ahí opera el vuelo hacia un tercero o cuarto orden, la mirada que mira a la mirada que mira a la mirada que mira, y un aterrizaje en el primer orden, la pregunta por la mirada directa y sus condiciones de operación”*¹⁸.

Explicitar la perspectiva epistemológica permite iluminar algunas de las condiciones bajo las cuales se comprende. Es decir, que permite desocultar algunos de sus condicionantes. La razón, dirá Federico Nietzsche, interpreta. Se trata de dar cuenta de la forma en la que el investigador se vincula con el objeto, reconociendo que cuando toma contacto con éste ya está inmerso en un mundo con sentido y comprende desde ese lugar de pertenencia.

No sólo las ciencias sociales están determinadas por este círculo entre el intérprete del objeto y el objeto que pasa a ser parte del mundo del intérprete, sino que todo el conocimiento pasa a moverse dentro de esta circularidad, puesto que siempre hablamos desde algún lugar.

La diferencia con otro tipo de perspectivas epistemológicas reside en que este enfoque no se propone eliminar sus presupuestos, entendiendo que esta tarea es, en cierta medida, imposible. Por el contrario, lo que se quiere es explicitar categorías de interpretación, concebidas no como elementos que hay que superar para llegar a la verdad, sino como un condicionamiento que es parte de la verdad misma.

La investigación: espacio de articulación entre teoría y práctica

Desde esta comprensión entendemos a la teoría como el recurso que nos permite hacer inteligibles las prácticas que analizamos e interpretarlas para luego orientar las acciones. Esta forma de entender la teoría y la práctica difiere de aquella que supone la teoría como un modelo o un sistema de interpretaciones que anteceden a la práctica y que iluminan desde lo alto a la realidad. Por el contrario, entendemos la teoría como la sistematización de nuestros propios aprendizajes y como la organización de las conclusiones de otros aplicadas a nuestras necesidades y preguntas.

La teoría no puede ser entonces sino una reflexión en y desde la práctica. La teoría nos ayuda a reflexionar sobre la realidad que no sólo está constituida por hechos observables y externos sino también por significados, símbolos e interpretaciones elaboradas por los propios sujetos a través de sus interacciones con los demás.

La investigación en comunicación no pretende, en consecuencia, establecer verdades de carácter general, sino producir conocimiento específico a partir de prácticas realizadas por determinados actores situados en espacios y ámbitos particulares¹⁹. Queremos dilucidar la inteligibilidad de esas prácticas, clarificando el pensamiento que las informa y situándolo en el contexto de las normas sociales y de las formas de vida dentro de las cuales aquellas ocurren. El objetivo de la investigación en comunicación no será ofrecer explicaciones causales

¹⁷ Citado por WACQUANT, Loïc en la “Introducción” de BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc; Respuestas por una antropología reflexiva, México, Edit. Grijalbo, 1995, pág. 19.

¹⁸ GALINDO CÁCERES, Luis Jesús, “La lucha de la luz y la sombra”, en GALINDO CÁCERES, Jesús (coord.), Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación, México, Prentice May-Pearson Educación-Addison Wesley, 1998, pág. 9.

¹⁹ “Los caminos para indagar dependen de la intención particular del sujeto de la acción, y del contexto de referencia en que ese sujeto se inscribe consciente o inconscientemente, voluntaria e involuntariamente. Así, algunos caminos se configuran en un acuerdo denominado ciencia, otros en uno llamado arte, religión, magia o algún otro. Cada acuerdo tiene sus reglas de juego, su forma básica de acción y variantes cercanas y lejanas, estilos, ortodoxias y heterodoxias, comportamientos subordinados a las normas, y comportamientos de ruptura o herejía. Como sea el caso, todos ellos suponen un principio de autoridad, una cierta ley, y un ámbito de intersubjetividad y de puesta en escena de las normas y valores”. Ibid. pág. 10.

o deterministas, sino, situándonos más allá de los comportamientos observables, introducimos en el sentido que las prácticas generan a partir de las percepciones de los diferentes actores intervinientes y de la construcción del sentido social de esas prácticas.

La investigación se convierte en un espacio no disociable entre teoría y práctica. La investigación busca constituirse en una práctica social e intelectual comprometida con la mejora sustancial de la calidad de vida de los actores sociales. La explicación y comprensión como dos dimensiones impostergables de la investigación están supeditadas a un propósito primordial: la transformación social.

Lo anterior supone también una idea de investigación orientada a la acción, a la resolución crítica de problemas, a la capacitación de los sujetos para su propia “transformación”. La investigación supone la participación porque sólo de esta manera se puede iniciar un proceso de reconstrucción crítica de las posibilidades y los deseos de desarrollo personal y comunitario de los sujetos intervinientes. Cuando estos/as actores/actrices tienen la oportunidad de reflexionar sobre sí mismos con otros/as iguales, con profesionales y miembros de la comunidad comprometidos con su bienestar, paulatinamente adquieren mayores niveles de conciencia crítica de la realidad en la que viven y de sus contradicciones, desarrollando desde allí mayor conciencia sobre la propia capacidad creadora y recreadora del mundo.

Nos referimos entonces a la teoría no como trabajo teórico aislado de la práctica y como discurso auto referente. Desde nuestra mirada toda elaboración teórica refiere a la práctica en un doble sentido. Por una parte, es una representación que es resultado de la sistematización de prácticas anteriores según un método analítico. En otras palabras: hacemos teoría cuando revisamos la experiencia propia o de terceros, y desde un método analítico observamos regularidades y extraemos de allí secuencias y particularidades que se transforman en nuevos criterios interpretativos.

Por otra, la teoría nunca se presenta totalmente aislada de una circunstancia práctica que la convoca y le da sentido. Es decir, que la teoría nunca está desvinculada de una realidad y de la interpelación que ésta suscita en la misma práctica de investigación.

Sostener la práctica como punto de partida, la no disociación entre lo teórico y lo práctico, sumado al no antagonismo entre el analista y su objetivo de estudio, implica asumir una perspectiva epistemológica que busca salir de la razón dualista.

Los sujetos poseen, todos ellos, saberes acumulados a través de la experiencia que está siempre determinada por las circunstancias materiales de existencia y las relaciones. Sin embargo, estos saberes carecen de “las ventajas” de la distancia reflexiva y de la regularidad y nitidez del discurso científico, entendido como conocimiento teórico. Por su parte el conocimiento teórico se encuentra “limitado” en su propósito de estructurar una realidad que es compleja, polisémica y multideterminada.

Esta situación puede constituirse en el fundamento de una interdependencia productiva entre el conocimiento teórico y el saber práctico de los sujetos, puesto que el primero puede introducir reflexividad en la práctica y el segundo desafía a la complejidad.

La realidad no puede ser vista como algo *estructurado*, objeto cerrado. Por el contrario, es una materia prima *estructurable*, a la cual hay que darle forma, construirla, a partir de la

elección de presupuestos teóricos y de los métodos y técnicas más adecuados para acceder a la información que permita responder a las preguntas y demandas que surgen de las prácticas.

Conocimiento teórico y conocimiento práctico pueden complementarse productivamente: el conocimiento teórico posibilita la reflexión crítica sobre la práctica y el conocimiento práctico interpela al investigador a una producción compleja que cuestiona, entre otras, la idea de mono causalidad lineal.

Una Perspectiva Comunicacional

Entendemos la comunicación como todo proceso social de producción de formas simbólicas, considerando tales procesos como fase constitutiva del ser práctico del hombre y del conocimiento práctico que supone este modo de ser. En otras palabras: la comunicación es parte constitutiva e inseparable del proceso social, perspectiva que nos habilita para reconocer que toda práctica social puede ser entendida y leída también desde la comunicación de manera complementaria con otros saberes. Para decir además, que las prácticas sociales se constituyen además desde la comunicación.

La definición de comunicación expuesta en el párrafo antecedente comprende y trasciende la mera reproducción selectiva y especializada del manejo técnico de ciertos elementos discursivos de un orden socialmente establecido. Es decir, se ubica más allá del manejo técnico instrumental de los medios de comunicación sin desconocer la importancia de estos como configuradores privilegiados del sentido en nuestras sociedades.

Rosa María Alfaro se refiere a un modelo de comunicación que designa como “relacional” y que considera que “entre emisores y receptores hay complicidades, mutuos acercamientos y satisfacciones, compromisos varios, aunque esta relación sea desigual, porque son los medios los que enuncian el discurso cotidiano, enredando la vida privada y pública de los consumidores”²⁰.

Comprendemos la comunicación como una perspectiva de abordaje factible de ser aplicada a cualquier práctica social, una forma de posicionarse, en primer lugar, para el análisis, pero también de construir un modo de intervención que tiene como fin último el cambio. Este modo de intervención, encaminado hacia un horizonte, supone planificación de la acción, formular políticas y estrategias para llevarla a cabo.

Entender la comunicación desde esta perspectiva es lo que nos permite afirmar que, en todos los sentidos posibles y en el marco de la transdisciplinariedad, la comunicación resulta hoy imprescindible para comprender y desentrañar la complejidad de las prácticas que se dan en la realidad social y en las organizaciones²¹. Pero simultáneamente es imprescindible advertir sobre un riesgo en el que se cae: interpretar todo desde la comunicación reduciendo la necesaria transdisciplinariedad que exige la mirada y la interpretación de realidades complejas.

Esta perspectiva de abordaje de los procesos sociales desde la comunicación implica situar su estudio en el terreno de las culturas. “Pensar los procesos de comunicación desde ahí, desde la cultura, significa dejar de pensarlos desde las disciplinas y desde los medios. Exige romper con la seguridad que proporcionaba la reducción de la problemática de comunicación a la de las tecnologías”²². Y, por supuesto, desterrar la lógica mercantilista y utilitaria que piensa en los medios exclusivamente como herramientas para alentar el consumo²³.

²⁰ ALFARO, Rosa María. Una comunicación para otro desarrollo. Lima, Ed. Calandria, 1993, pág. 23

²¹ Atendiendo precisamente a las interacciones sociales José Marques de Melo afirma que “la comunicación es un proceso que relaciona comunidades, sociedades intermedias, gobiernos y ciudadanos en la participación y toma de decisiones conjunta ante los estímulos y los factores que, de manera permanente, presenta a aquellos ambientes socio-económicos y políticos. Se aprecia también a la comunicación en función del conocimiento, expresión y fortalecimiento de los valores, tradiciones e identidades culturales. Así entendida, la comunicación no está limitada a la presencia de los medios, sino que implica además una suerte de transversalidad social y la interacción dinámica de una red de relaciones de personas y grupos donde media e intervienen otros elementos, espacios, factores, contenidos, instituciones, etc. que concurren en diversas formas y manifestaciones de comunicación. Además, sirve de soporte esencial y motor de actividades de desarrollo, como la educación y la cultura, la ciencia y el medio ambiente, etc.”. MARQUES DE MELO, José, “Identidades culturales latinoamericanas”, en MARQUES DE MELO, José (coord.), Tiempo de la comunicación global. São Paulo, Ed. IMES, 1996, pág. 35

²² MARTÍN BARBERO, Jesús; De los medios a las mediaciones. Barcelona, Ed. G. Gilli, 1987, pág. 227

²³ “Un canal de televisión es un medio para vender” sostuvo a modo de paradigma de la comunicación el empresario argentino Carlos Avila, en un reportaje que concedió después de comprar el paquete mayoritario de acciones y obtener el control del canal 2 de TV de la ciudad de La Plata (Argentina). Diario Clarín, Buenos Aires, 9 de julio de 2000.

El sujeto es hablado por la cultura de su tiempo, de su historia, de su espacio: sujeto expresado a través de una puesta en escena en la vida social. Los sujetos involucrados en dichas prácticas aparecerán entonces atravesados por dimensiones contextuales culturales, históricas, económicas, sociales y jurídicas.

Jorge González sostiene que “la cultura es un modo de organizar el movimiento constante de la vida concreta, mundana y cotidianamente. La cultura es un principio organizador de la experiencia, mediante ella ordenamos y “estructuramos” nuestro presente a partir del sitio que ocupamos en las redes sociales. Es, en rigor, nuestro sentido práctico de la vida”²⁴.

La importancia de abordar el estudio de las prácticas sociales desde la cultura reside en que ella encarna la ligazón con el tiempo y el espacio. Lejos de constituirse en un mero organizador de la experiencia presente, la cultura nos habla también de *los sueños y la fantasía*, de las *utopías*; también es *ligadura y raíz* con nuestro pasado, *recuerdo* de los sucesos y acciones que nos fueron constituyendo a lo largo de la historia. La culturas son, pues, “memoria de lo que hemos sido; igualmente, constituye el registro imaginario y sedimentado de lo que alguna vez pudimos ser y hacer. Es, en perspectiva, lo que da espesor al presente y factibilidad al porvenir. Asimismo, la cultura es la que nos permite definir nuestra situación dentro de la vida social y colectiva”²⁵.

En esta línea, es posible pensar en los sujetos como inmersos en procesos comunicacionales que se desarrollan en su contexto más cercano, en los mitos y ritos que los constituyen, en los discursos en los que la cultura cobra materialidad, cualquiera sea su soporte. Los sujetos se constituyen individual y colectivamente enmarcados en un determinado *universo simbólico*²⁶, una trama discursiva en la que ciertos sentidos institucionalizados aparecen operando en la forma del ser y actuar social. Por tanto, se hace preciso adoptar una concepción del sujeto en relación con los discursos que éste construye y que lo construyen.

El lenguaje se constituye en el soporte de la cultura, en tanto es un vínculo para expresarse y ser ante los demás. Desarrollamos de esta manera una serie de costumbres perceptuales que se convierten en un proceso de aprendizaje y que permiten vencer la complejidad del contexto, sentirnos más seguros, disipar las incertidumbres. Pero a la vez esa complejidad del contexto es una permanente invitación a la recreación de esas costumbres perceptuales.

Decir esto supone además asumir una perspectiva totalmente alejada de la idea simplista del lenguaje como “espejo” de la realidad. Supone proyectarnos hacia lo que Denise Najmanovich llama “una concepción en red multidimensional de los fenómenos lingüísticos”²⁷.

Nuestro acceso a la cultura y a las culturas se produce precisamente a través de esa red constituida por los fenómenos discursivos que se manifiestan en las prácticas sociales. Esto es lo que nos permite, desde la perspectiva de la comunicación, constituir a estas prácticas en objeto de nuestro análisis.

Percepciones, concepciones y evaluaciones

Como investigadores de la comunicación nos importa conocer a los individuos en el marco de las relaciones de unos/as con los otros/as y comprender los significados que se construyen en la interacción en situaciones concretas. Para ello es importante partir de la premisa de que

²⁴ GONZÁLEZ, Jorge. Más (+) Cultura(s). Ensayos sobre realidades plurales. México, Colección Pensar la Cultura, CNCA, 1994, pág. 57

²⁵ *ibid*, págs. 57 y 58. Los destacados son del autor.

²⁶ Entendiendo que el universo simbólico es “la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales”. BERGER, P. y LUCKMANN, T: La construcción social de la realidad, Buenos Aires, Amorrotu, 14ª edic., 1997, pág. 125 y ss.v

²⁷ Ver NAJMANOVICH, Denise, “El lenguaje de los vínculos. De la independencia absoluta a la autonomía relativa”, en DABAS, Elina y NAJMANOVICH, Denise (comp.), Redes. El lenguaje de los vínculos, Buenos Aires, Paidós, 1995, págs. 33 a 76.

no hay linealidad discursiva, que se produce sentido tanto en la emisión como en la recepción, y que las relaciones comunicativas son siempre asimétricas.

¿De qué forma accedemos a los significados que los sujetos construyen en su vida cotidiana, en sus relaciones con otros sujetos, en su trabajo? A través de la formulación que estos sujetos hacen de su mundo y de las acciones que llevan adelante en situaciones concretas. Es por ello, que habitualmente recurrimos a la observación y a la entrevista como técnicas de investigación para luego someter la información obtenida a un análisis cualitativo. Nos interesa conocer cómo expresan los sujetos su mundo mediante el lenguaje y cómo se vincula esta formulación con las acciones que emprenden en ese mundo.

Lo anterior nos ubica frente a una primera preocupación específica: las percepciones, las concepciones y las evaluaciones de los sujetos y su relación productiva y a la vez determinada por las condiciones materiales de existencia. Si bien es imposible discriminar en la práctica estos tres aspectos, a efectos analíticos diremos con Daniel Prieto Castillo que las concepciones refieren a “la manera de entender algo, de juzgarlo” y que “resultan de una mezcla de conceptos y estereotipos, donde los límites entre lo que puede ser demostrado, validado con alguna solidez y lo que proviene de la experiencia, de las creencias, están poco marcados. Un estereotipo es una versión parcial y emotiva de algo, versión que puede ser más o menos rígida. Las prácticas cotidianas se orientan, y a veces determinan, por esas concepciones”²⁸.

Por su parte, las evaluaciones refieren al “atributo que se le da a algún objeto, ser o situación. En general se evalúa positiva (calificación) o negativamente (descalificación). La vida cotidiana consiste en una infinita trama de aceptaciones y rechazos que tiene que ver directamente con la forma de evaluar. A evaluar se aprende a lo largo de las relaciones familiares, interpersonales y dentro de otros grupos. Concepciones y evaluaciones determinan la forma de percibir, siempre que se ve algo, simultáneamente se lo está interpretando y valorando. La percepción es un problema cultural y no una simple captación del entorno”, porque “percibimos a través de nuestros juicios”²⁹. Percibir es percibir lo familiar, lo cercano. Desarrollamos de esta manera una serie de costumbres perceptuales que se convierten en un proceso de aprendizaje y que nos permiten vencer la complejidad del contexto, sentirnos más seguros, disipar las incertidumbres.

Las percepciones, concepciones y evaluaciones, son siempre vividas por alguien en particular y constituyen una forma de reafirmación de cada una de las personas en relación con su contexto. Es “la manera en que cada quién se sabe alguien entre los demás”, sostiene D. Prieto Castillo. Este saber es producto de un reconocimiento, es el resultado de compartir experiencias, es también un modo a partir del que cada cual se siente integrado y reafirmado.

Comunicación y vida cotidiana

Si la percepción es algo que se va desarrollando a modo de proceso de aprendizaje, la experiencia previa condiciona las posteriores, sin que ello signifique necesariamente que el mismo individuo haya vivido personalmente todas esas experiencias. Hay un aprendizaje cultural que se apoya en experiencias sustitutas que se verifican en los grupos, los medios masivos de comunicación, en las redes de relaciones. La vida cotidiana es el lugar de las interacciones: el sujeto en su historia, en su contexto, en un tiempo y en permanente relación. Las experiencias que se viven en los grupos constituyen, sin embargo, la matriz social del individuo donde se construye el repertorio de significados que condicionan las formas y los modos de enfrentarse a situaciones diferentes de las habituales.

²⁸ PRIETO CASTILLO, Daniel. Diagnóstico de la comunicación. Quito, CIESPAL, 1990, pág. 311.

²⁹ Ibid, pág. 312.

En ese marco “las cosas no ‘son’ sino que ‘devienen’ en las interacciones. Las propiedades no están en las cosas sino entre las cosas, en el intercambio”³⁰. Podemos decir que la belleza o el peso o las dimensiones de un objeto no son en sí mismos; no son categorías que puedan aislarse de la relación con las personas. Son bellos, pesados, grandes o chicos con relación a alguien y al contexto en el que se los mira. De la misma manera, el sujeto no es aquel biológicamente reconocido, sino aquel constituido en la vida cotidiana, en el complejo sistema de relaciones que la misma genera.

Este es el sujeto complejo que, en el marco de la vida cotidiana, se representa a la manera de actores sociales en una realidad, también compleja y multideterminada, que reconocemos y diagnosticamos y sobre la que pretendemos planificar para el cambio.

Lo que comúnmente llamamos realidad está dada por un conjunto de hechos más las percepciones de ellos, por los sujetos, más su interpretación y valoración. Este explica y le da sentido a la idea “ponerse de acuerdo”, entendido como un método para la producción colectiva de un conocimiento que sea transformador de la realidad. Porque la cuestión central consiste en transformar no sólo los hechos sociales de manera aislada, sino las valoraciones y las percepciones que los sujetos participantes tienen de esos mismos hechos. Dicho de otra manera: cuando actuamos sobre las prácticas sociales, cuando modificamos las relaciones que existen allí y las prácticas comunicativas que le dan lugar, estamos cambiando también la percepción que cada sujeto, individual o colectivo tiene de la misma³¹. Asimismo, es posible pensar en la transformación de las condiciones materiales de existencia de los sujetos partiendo de la puesta en cuestionamiento de las mismas.

La vida cotidiana es lugar de comunicación y a la vez el escenario donde se constituyen los actores-sujetos de las prácticas sociales. Allí, en tanto sistema y trama de relaciones comunicacionales, se constituye el campo de acción de los/las investigadores/as de la comunicación.

Comunicación y transdisciplina

La pregunta que cabe entonces es: ¿puede el comunicador por sí solo desentrañar la compleja trama de la realidad? Existen sobrados ejemplos para sospechar de las dificultades que encierra esa labor.

Las dificultades que conlleva el intento de reconocer e interpretar la realidad, en la escala en que uno se lo proponga, nos llevan a la convicción de que no es posible entender una práctica social desde una perspectiva comunicacional sin el aporte de los conceptos y las herramientas de otras disciplinas. Si se quiere, toda práctica es comunicacional, pero no es *solamente* comunicacional.

Si quisiéramos abordar el análisis de la situación de una organización que trabaja en la prevención de enfermedades cardiovasculares por ejemplo, el comunicador podría avanzar en el objetivo de reconocer la realidad para organizar la acción institucional y promover el cambio. Pero también, tendría que tener en cuenta que su perspectiva es insuficiente si quiere entender en toda su complejidad la situación en la que esa organización se plantea desarrollar sus objetivos y actividades. Necesitaría de otras miradas.

Entramos aquí en la cuestión de fondo de nuestra propuesta: la comunicación necesita, por las propias características de su “objeto” de estudio, constituirse desde la transdisciplinariedad.

³⁰ NAIMANOVICH, Denise; “El lenguaje de los vínculos. De la independencia absoluta a la autonomía relativa”, en DABAS, Elina y NAIMANOVICH, Denise (comp.), *Redes. El lenguaje de los vínculos*, Buenos Aires, Paidós, 1995, pág. 65

³¹ Ver OROZCO GÓMEZ, Guillermo, *Al rescate de los medios*, México, Univ. Iberoamericana, México, 1994, págs. 98 y ss.

La comunicación es una mirada posible desde la cual abordar las prácticas, pero no es la única ni es excluyente.

Más bien trabaja con problemas que le son comunes a otras disciplinas. Es claro que esos problemas pueden ser comprendidos y analizados también, de manera superpuesta o interdisciplinaria por otros campos del saber: la sociología, la psicología, la antropología, las ciencias políticas, etc.

El filósofo francés Edgar Morin acostumbra decir que la clave del pensamiento complejo es poder develar la polivalencia de los procesos sociales. Desde una perspectiva comunicacional, decimos: la clave del pensamiento complejo es comprender la polisemia de los procesos sociales, los múltiples sentidos concurrentes en una situación social dada.

Creemos que, como comunicadores, tenemos un aporte para hacer en ese camino. Pero necesitamos de contribuciones de aportes conceptuales y metodológicos de diversas disciplinas. Porque no es posible comprender las prácticas sociales sin incorporar en el análisis una mirada desde la comunicación. Pero, al mismo tiempo, la mirada desde la comunicación resulta totalmente insuficiente para desentrañar por sí sola la complejidad de esas mismas prácticas, sólo comprensibles desde la posibilidad que habilita la transdisciplina.

Intervenir desde la Comunicación: Una Perspectiva Política

Utilizamos aquí –provisoriamente y como reconocimiento de la carencia de un término que nos exprese de manera más precisa– el vocablo "intervención" para designar el modo de presencia de los científicos sociales, en este caso de los comunicadores en el acompañamiento de una práctica determinada.

Decimos lo anterior porque el propio desarrollo del concepto entra, muchas veces, en contradicción con la idea de "intervenir". La palabra intervención parece referir a un adentro y un afuera, que vuelve a separar al investigador social de su objeto de estudio.

Pueden existir distintos niveles de compromiso de un investigador (en este caso del comunicador) con el objeto de estudio, es decir, con aquella práctica con la que se involucra. Hay diferentes grados de vinculación con el objeto de estudio, porque no todos los investigadores tienen voluntad y condiciones iguales. La gama de posibilidades de intervención puede extenderse desde la mirada que pretende ser exclusivamente técnica hasta una participación comprometida con los valores y los objetivos de la organización o la comunidad. De esos modos de intervención dependerán las diferentes características que adquieran los procesos de educación, comunicación, movilización y organización de las personas y los grupos involucrados.

Desde nuestra perspectiva, no hay un "adentro" y un "afuera", porque al intervenir en las prácticas sociales el comunicador se constituye en articulador de saberes y prácticas, actuando a la manera de un *intelectual orgánico* en un sentido similar al concebido por Antonio Gramsci. Desde otro lugar se podría describir esta realidad a través del concepto investigación-acción utilizado con frecuencia por los trabajadores sociales. Con ello se pretende superar la relación dicotómica entre investigador y actor social, pero sin eliminar las diferencias que persisten entre ambos y las asimetrías que se revelan también en función de las mismas prácticas.

Estamos hablando entonces de un investigador/comunicador que se integra a las prácticas y se deja atravesar por los sentidos que allí se generan, pero que no se identifica de manera plena con los actores sociales, porque tiene un saber que pone en juego de manera diferente y porque se hace responsable de la vigilancia epistemológica del proceso.

La simple equiparación del investigador con los actores sociales, con la consecuente disolución de identidades, no contribuye al mejor desarrollo del proceso de investigación ni a potenciar la práctica misma. Tampoco genera mayor participación. En cambio, una relación horizontal y dialógica entre los investigadores/comunicadores y los actores sociales, que respete los roles propios de cada uno en la construcción de modos y formas de comunicación en función de la práctica misma, potencia las posibilidades de desarrollo y de alcanzar los objetivos trazados en forma conjunta.

El compromiso de quienes se aproximan a las prácticas sociales como investigadores o, en general, como científicos sociales, no puede estar ajeno al propósito de compartir saberes (conocimientos) y habilidades (técnicas). Compartir implica un doble sentido: dar y recibir, desde los científicos sociales hacia los participantes de una organización o una experiencia determinada y viceversa. Este compartir, no puede ser ajeno a la idea de participación.

El investigador debe dar cuenta, en primer lugar, de una determinada realidad comunicacional, iluminando las condiciones bajo las cuales él mismo comprende. En segundo término, debe comprender la inteligibilidad que los sujetos tienen de la realidad y en tercer lugar, debe promover, como parte de la propia tarea de investigación, un proceso que le otorgue a los individuos nuevas herramientas para ejercer su propia determinación.

En tanto actores que proceden a una intervención, los investigadores tienden a modificar y transformar reglas y modos de funcionamiento y a generar y producir nuevos. No siempre esto se produce con la participación efectiva de los sujetos que actúan en el ámbito a planificar. Entra aquí en juego el factor político. ¿Cómo renunciar a la posición dominante que otorga la condición de investigador o científico social para allanarse a una perspectiva participativa? ¿Y cómo hacerlo abandonando la falsa pretensión de igualdad entre el analista, que posee saberes diferenciados, y el sujeto social, que tiene a su vez otros conocimientos propios y específicos?

Esta mirada política, estrechamente vinculada a la participación, sólo puede lograrse a partir del reconocimiento de la asimetría y complementariedad de saberes entre el investigador y los sujetos sociales.

“El papel de los expertos-profesionales (técnicos) es (...) meter la reflexividad de los contextos en las preguntas de los expertos-animadores (dirigentes), a través de las expresiones de los expertos-vivenciales (bases)” dice T. Villasante refiriéndose a la tensión entre planificadores y sujetos sociales. Podríamos perfectamente asimilar esta mirada a los comunicadores. Y agrega Villasante que cualquier intento de revisión o análisis autocrítico debe formular las preguntas de tal forma que permitan “relativizar la intencionalidad subyacente y lanzar el entrecruzamiento de imágenes entre los distintos actores implicados”³². Esto hace a la forma de participación política del científico social que interviene en espacios sociales y situaciones complejas.

Se trata, en otras palabras, de jugar y negociar el juego de las “influencias mutuas” que dan lugar a la creatividad. Sólo hay influencia mutua cuando ambos actores se abren a la

³² Ibid, pág. 31

posibilidad de recrearse mutuamente y esto está directamente vinculado con la comunicación. Esta mutua recreación es comunicación. Fuera de esto, dirá Paulo Freire, no se da esta influencia creativa, “sólo hay mediocridad”³³.

Comunicación y Salud

Buscando hacer un anclaje específico sobre el tema motivador de este encuentro, creemos importante reflexionar sobre los procesos de salud desde la perspectiva comunicacional.

Existen muchos programas e intervenciones a diferente escala que asumieron la problemática de la salud y la comunicación pero, por lo general, surgieron desde otros campos de las ciencias sociales, como la antropología, la pedagogía y el trabajo social.

De ninguna manera queremos plantear una cuestión de propiedad de determinadas prácticas como exclusivas de nuestro campo de estudio. Por el contrario, lo que pretendemos es desarrollar una perspectiva que no niegue ni excluya a las otras, sino que las implique y articule. Creemos que el potencial de la mirada comunicacional se encuentra en que nos permite trazar un horizonte nuevo a partir de la construcción transdisciplinar. Una construcción que involucre los saberes científicos pero también los saberes “vulgares”, los del sentido común, esos que están diseminados en la red social, en manos de aquellos que durante décadas estuvieron condenados a ser meros receptores de los procesos de comunicación para la salud.

Corriendo el riesgo de perder precisión en la generalización, intentaremos de todos modos formularnos metodológicamente algunas preguntas respecto de los ámbitos y mediaciones en los que se han desarrollado, en general, los procesos de producción de salud. ¿Cuáles son esos espacios sociales? ¿Cuáles han sido los ámbitos, institucionalizados o no, privilegiados a lo largo de historia? ¿Qué transformaciones se han producido en las últimas décadas? ¿Se han ampliado los ámbitos de producción de salud? ¿Qué rol se atribuye a las mediaciones tecnológicas y sociales?

Inquietudes similares surgen respecto de los actores participantes en esos procesos. ¿Quiénes tienen la palabra (y la posibilidad de actuar) en materia de procesos de salud? ¿Quiénes han sido los actores privilegiados en los procesos de producción de salud? ¿Cómo se ha configurado en cada momento histórico el circuito de la comunicación en materia de salud? ¿Qué relación se ha establecido entre los diversos actores? ¿Qué grado de participación ha tenido cada uno de ellos en la producción de salud? ¿Qué actitudes y valores se han generado con las diferentes prácticas de producción de salud: autonomía o dependencia?

Desde el componente discursivo en particular, se agregan más interrogantes: ¿cuáles son los discursos legítimos? ¿quiénes son los interlocutores definidos por cada uno de los participantes en los procesos de salud? ¿qué relaciones de poder y saber se plasman en los discursos? Los especialistas en salud: ¿comunican para sus pares o para sus beneficiarios? Los medios de comunicación: ¿hacen divulgación científica o mediación pedagógica de los temas relacionados con la salud? ¿qué concepciones, percepciones y evaluaciones emergen en los discursos? ¿qué anclaje tienen esos discursos con las prácticas y procesos sociales, culturales, económicos, políticos, que son constitutivos de la realidad?

³³ Ver FREIRE, Paulo; Ponencia “Interrogantes y propuestas”, diálogo con Ana Quiroga, en la Esc. de Psicología Social, Buenos Aires, septiembre de 1993.

Sin introducirnos todavía en el análisis de un conjunto de prácticas de comunicación para la salud, queremos recordar dos hipótesis que hemos establecido para responder a los interrogantes. Estas serán retomadas luego para su análisis.

Hipótesis 1:

Los procesos de comunicación para la salud se constituyeron sobre un modelo conductista, con los medios masivos como ámbito privilegiado y en relaciones en las que las fuentes de saber asociadas a la ciencia eran concebidas como actores privilegiados de producción de sentidos.

Hipótesis 2:

Las prácticas de comunicación para la salud han contribuido a construir un imaginario en el que la salud se asocia a la enfermedad (resultado de un proceso) y no a las prácticas sociales (el proceso mismo) que la generan o la previenen.

Las situaciones de comunicación para la salud

Las respuestas a los interrogantes planteados líneas arriba sólo pueden ser ensayadas a través del análisis de situaciones de comunicación para la salud. En nuestro caso, hemos elegido tres, ubicadas en tres ámbitos diferentes, que consideramos agrupan lo que han sido (y en cierta manera continúan siendo) las prácticas dominantes en materia de comunicación para la salud en América Latina:

- La relación médico paciente en los servicios de salud
- Las campañas de educación para la salud
- El periodismo científico

Al circunscribir el análisis a estos tres ámbitos estamos buscando poner en evidencia, a través de tres ejemplos relevantes que entrecruzan comunicación y salud, la ruptura que esta perspectiva de abordaje representa en relación con las prácticas dominantes. Ruptura que se manifiesta en las características discursivas, en la relación entre los actores participantes y en las mediaciones en que se constituye el sentido. No pretendemos, de ninguna manera, que estos ejemplos agoten la problemática que estamos abordando.

Tomaremos dos modelos de procesos de comunicación para la salud que se corresponderán en un caso con la perspectiva tradicional y en el otro con la propuesta que antes expusimos en relación a la comunicación y su relación con las prácticas sociales. Así, trazaremos un primer escenario representado por las viejas prácticas de comunicación, muchas de ellas todavía vigentes, buscando analizar sus múltiples componentes, no sólo para poner en evidencia sus debilidades sino también las potencialidades ocultas o negadas. Luego, construiremos un segundo escenario, utópico, intentando establecer un conjunto de criterios que permitan proyectar y soñar con nuevos procesos de comunicación para la salud.

Sabemos que muchas prácticas actuales no podrían ser encuadradas en el modelo tradicional, porque en cierto sentido ya han tomado nota de las críticas al modelo tradicional de comunicación para la salud y han adoptado un rumbo nuevo. Pero el objetivo de este apartado es realizar un análisis de un modelo que se presenta como anacrónico e inadecuado para comprender la realidad en toda su complejidad, como paso previo a la construcción de una perspectiva nueva hacia la cual marchar.

Para la realización de este análisis hemos prestado especial atención a dos fuentes bibliográficas que abordan el análisis de los procesos de comunicación para la salud en el contexto de América Latina: el “*Manual de Comunicación Social para Programas de Salud*”, del Programa de Promoción de la Salud (HPA) de la Organización Panamericana de la Salud (OPS)³⁴; y “*Comunicar para la salud: de la comunicación persuasiva a la comunicación educativa*”³⁵, de Daniel Prieto Castillo.

Las viejas prácticas

Nos referimos con el término de “viejas” a prácticas que han constituido la forma de actuar tradicional en materia de comunicación para la salud. Esto no quiere decir que sean prácticas en desuso. Si bien reconocemos que en muchos casos ha habido evoluciones que han matizado las críticas a esas formas de actuar, consideramos que muchas de las características perduran todavía.

• La relación médico paciente en los servicios de salud

Desde el momento mismo de la constitución jurídica de los Estado-Nación se comenzó un proceso de institucionalización de los servicios de salud. Tras un momento en que sólo aquellos que gozaban de una posición acomodada en la sociedad tuvieron acceso a los servicios de los profesionales de la salud, la institucionalización de los sistemas de salud amplió el espectro de atención a buena parte de los ciudadanos de las sociedades modernas.

En ese proceso, el sistema de salud adquirió características que aún hoy siguen presentes. En primer lugar, el hospital y los centros de salud se convirtieron en los ámbitos característicos de provisión de salud, enfocado en la cura y recuperación de enfermos. Al mismo tiempo, los médicos asumieron el rol central en el proceso, como portadores de los saberes de las ciencias médicas. Precisamente la posesión de ese saber específico, el de las técnicas y procedimientos adecuados para curar las enfermedades y evitar la muerte, magnificó la posición de los profesionales de la salud en relación con sus pacientes.

En ese contexto, la relación entre médico y paciente se constituyó en el marco de una profunda asimetría en la comunicación. Los centros de salud presentan su propia simbología respecto de esa relación entablada. ¿Qué significado encierran esos carteles adornando las salas de espera con la figura de una enfermera pidiendo silencio con su dedo índice sobre sus labios? ¿Y esos otros que reproducen la frase “Espere y no desespere”? ¿Quién nos espera detrás de la puerta? Puede que allí encontremos el origen de la denominación de los médicos como “dioses de bata blanca”.

Un caso sintomático de esta relación de asimetría es la terminología utilizada por los médicos en sus interlocuciones con los pacientes. En general, todavía hoy suelen referirse a las “patologías” en términos que forman parte de una jerga profesional, pero que son inaccesibles al entendimiento de los afectados. De esa manera, largas explicaciones sobre los síntomas y afecciones de un enfermo terminan con la pregunta de éste dirigida al profesional: “Y dígame, doctor: ¿eso es grave?”.

Otro elemento que pone en evidencia las asimetrías de esa relación es la receta o fórmula, en la que el médico prescribe los fármacos necesarios para acabar con la enfermedad. En gran parte de los casos, la letra de las indicaciones médicas son ilegibles para el común de

³⁴ “Manual de Comunicación Social para Programas de Salud”. Programa de Promoción de la Salud (HPA) de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), Washington DC, mayo de 1992. Adaptada de “Making Health Communication Programs Work: A Planner’s Guide”, Oficina de Comunicación sobre el Cáncer, Instituto Nacional sobre el Cáncer, Institutos Nacionales de Salud, Publicación del NIH, No. 89-1493, abril de 1989.

³⁵ PRIETO CASTILLO, Daniel: “Comunicar para la salud: de la comunicación persuasiva a la comunicación educativa”, Conferencia ofrecida en el Encuentro sobre Movilización Comunitaria para la Salud, Cochabamba, Bolivia, junio de 1997. En PRIETO CASTILLO, Daniel, Comunicación, Universidad y Desarrollo, La Plata (Argentina), Colección Investigaciones de la Plangesco Nro. 1, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, abril 2000.

la gente, lo cual no parece ser demasiado importante para los profesionales de la salud porque sus interlocutores no son los afectados, sus pacientes, sino los farmacéuticos que proveen el remedio prescrito.

En síntesis, se configura una situación discursiva en la que un actor del proceso, el médico, se constituye como fuente exclusiva de saber, como única voz legitimada. Socialmente, la representación de ese status está representada en esa frase que durante décadas muchos padres y madres se enorgullecieron de pronunciar: “Mi hijo, el doctor”.

- *Las campañas de educación para la salud*

Las campañas de educación para la salud surgieron como estrategia complementaria a los servicios de salud institucionalizados. Los destinatarios de estas campañas fueron desde aquel momento las poblaciones con mayor riesgo de contraer enfermedades, en particular sectores sociales con bajos niveles de instrucción residentes en zonas rurales o en la periferia de las ciudades, que por lo general carecen además de servicios adecuados de atención sanitaria.

La puesta en marcha de estas campañas implicó una serie de transformaciones importantes en el abordaje de la salud. En primer lugar, la irrupción del concepto de prevención, con una fuerte vocación educativa, de transmisión de valores y comportamientos saludables. Al mismo tiempo, se produjo un leve descentramiento de los centros de salud como ámbitos únicos de producción de salud: el espacio predilecto de estas campañas de educación para la salud fueron los medios masivos de comunicación, concebido en perspectiva publicitaria más que informativa.

Aún en la apertura que representó, esta estrategia se desarrolló en procesos de comunicación que conservaban la esencia de la relación médico-paciente. Por un lado, porque se siguió concibiendo como una transmisión de saberes desde una fuente exclusiva (el médico, los organismos oficiales de salud) a un destinatario ignorante, sin posibilidad de opinar, sólo llamado a asimilar la información y de manera individual, no en el marco de su cultura y de los grupos que lo constituían. Una fuente pasiva imposibilitada, además, de sacar usufructo de esos saberes, que en muchos casos continuaron siendo producidos en clave científica, alejados del lenguaje y las competencias de los destinatarios.

Las campañas se materializaron en afiches, folletos, avisos publicitarios, anuncios televisivos y radiales, en cuyo contenido estaba completamente ausente el destinatario, su forma de constituirse social y culturalmente, sus expectativas. Lo único que parecía importar a los productores de esos materiales era generar una serie de mensajes con contenidos de calidad científica, convencidos de que eso aseguraría que los destinatarios reaccionaran al estímulo adoptando el comportamiento deseado.

Las carencias también se manifestaban en el enfoque de los procesos de salud. Lejos de constituirse en materiales que fomentara en los actores sociales una reflexión sobre los hábitos de vida en el marco de su cultura, se generaron un conjunto de mensajes descontextualizados, sin anclaje en la realidad concreta de los destinatarios. Pero, además, mensajes alarmistas, enfocados a destacar lo catastrófico de la enfermedad y no a comprender los procesos de producción de salud. El punto de partida se situó *en la cultura de la enfermedad y de la muerte y no en una cultura de la salud y de la vida*³⁶.

³⁶ Idem anterior, pág. 233.

- *El periodismo científico*

Mientras que en las campañas de educación los medios masivos asumieron un rol más bien publicitario, intentando posicionar ciertos valores y comportamientos saludables como si fueran productos a “comprar” por las audiencias, en su variante periodística los medios adoptaron un papel informativo, en particular de divulgación de los desarrollos científicos que sustentan y engrandecen a la medicina.

Más allá de los roles diferentes, se evidenció aquí una concepción de la comunicación basada en un esquema lineal de transmisión vertical de conocimientos, bajo la convicción de que la clave de todo el proceso estaba en la producción. Y no porque desde allí se pensará en cómo conseguir la comprensión y reflexión de los destinatarios, en cómo convertirlos en agentes activos en los procesos de producción de salud, sino porque se mantuvo el supuesto de que un mensaje de calidad científica hablaría por sí solo y generaría conductas correctas en los receptores, ya no ignorantes de los avances de la ciencia.

En la práctica, ciertos elementos dan muestras de la continuidad de ese modelo conductista. En lo que se refiere a los locutores legítimos, no se percibe la presencia de comunicadores especializados en temas de salud sino de “doctores mediáticos”. Esto es perfectamente comprensible: en procesos en los que a la fuente de saber se le atribuye una alta cuota de poder, es evidente que la condición para emitir un mensaje creíble es que su transmisor sea un locutor legítimo. Ya hemos dicho que en la perspectiva de la salud centrada en la enfermedad y no en la calidad de vida, el único que tiene algo que decir es el médico.

Los discursos sobre temas de la salud han sido analizados en numerosas oportunidades en el marco del periodismo científico. En esos análisis se indicaron una serie de características que han dificultado la comprensión de esos discursos por parte de la comunidad: utilización de terminología científica que tiñe los mensajes de cierto oscurantismo; divulgación de información descontextualizada, focalizada en resultados de investigaciones pero sin referirse a su anclaje y trascendencia en la vida cotidiana; privilegio de los contenidos de los mensajes sobre las formas de comunicarlos, descuidando su comunicabilidad y la necesaria mediación para que el aprendizaje deseado de los destinatarios fuera posible³⁷. En ese sentido, se puede afirmar que el periodismo científico ha ejercido más la divulgación científica que la mediación pedagógica.

En los últimos años, la irrupción de Internet ha producido un profundo impacto en la configuración de los sistemas de comunicación masivos y particularmente en el periodismo. Profesionales de la salud y de la comunicación han visto en este proceso un alto grado de potencialidades de este nuevo medio en la difusión de información sobre la salud. Creemos importante detenernos en algunos puntos:

- El acceso a Internet sigue estando vedado a gran parte de la población, y muchos más en el contexto de la crisis que atraviesan amplias capas de las poblaciones de América Latina;
- Internet es un espacio en el que la comunidad científica todavía prioriza el intercambio entre pares antes que con la comunidad, además de que lo hace utilizando lenguajes propios y no mediados;

- Los sitios se sustentan en propuestas en las que sus interlocutores son asumidos como clientes a los cuales hay que venderles un producto (o varios, porque los auspiciantes no quieren malgastar sus dineros) y no promoverlos a un aprendizaje en el marco de su cultura;
- también es evidente que hay un esfuerzo de mediación, de intentar hacer más comprensible la información, que se percibe más como un cambio de soporte que como un esfuerzo por acercar los contenidos a sus destinatarios;
- por último, no está demás decir que quienes no tenemos el inglés por lengua nativa o primera lengua nos enfrentamos a un grave problema: un alto porcentaje de los portales contenidos sobre salud que circulan en Internet están en inglés.

Sobre el viejo modelo

Hemos revisado ya las características particulares que han asumido las prácticas tradicionales en materia de comunicación para la salud. Estamos ahora en condiciones de analizar la validez de las hipótesis para intentar extraer algunas conclusiones.

Nuestra primera hipótesis general postulaba que *“los procesos de comunicación para la salud se constituyeron sobre un modelo conductista, con los medios masivos como ámbito privilegiado y en relaciones en las que las fuentes de saber asociadas a la ciencia eran concebidas como actores privilegiados de producción de sentidos”*.

Indaguemos en las hipótesis derivadas de ella.

- a- Las prácticas de comunicación para la salud son comprendidas por las fuentes y promotores en un sentido unidireccional y conductista. Tanto en la relación médico paciente, como en las campañas de educación para la salud y el periodismo científico, el proceso de comunicación ha sido siempre percibido por sus promotores como un campo con dos polos, con la información circulando de un punto a otro. Las prácticas de comunicación se desarrollaron bajo la creencia en la omnipotencia de la instancia de producción (en su concepción, emisores), con los argumentos dados por las teorías conductistas con su esquema emisor (especialista en salud) - estímulo (mensaje “de calidad científica”) - respuesta (asimilación del comportamiento “correcto”). Si esto fuera así, si los mensajes sólo requirieran llegar para producir los efectos deseados por sus productores, muy distintos hubieran sido los procesos de salud a lo largo de la historia. Es indispensable comprender que más allá de que las prácticas sean pensadas y promovidas desde una lógica de comunicación lineal, la producción del sentido es siempre social, un proceso de construcción de sentido en el marco de la cultura.
- b- La comunicación es concebida en términos de mediaciones tecnológicas y con fines instrumentales. El desarrollo de los medios masivos de comunicación ha hecho perder la noción de la trascendencia que tienen las relaciones de comunicación interpersonales y en las mediaciones sociales. En las situaciones analizadas, pasamos por casos en los que la voluntad de interacción comunicativa es escasa o nula (relación médico paciente) y por otros en que lo fundamental es la transmisión de información, sin importar el contexto, los actores y sus competencias (campañas educativas y divulgación científica). Este tipo de prácticas, en las cuales lo comunicacional se asocia exclusivamente a las mediaciones tecnológicas, se asienta en el supuesto de su poder para producir determinados efectos de sentido por el sólo hecho de comunicar, de poner mensajes en circulación.

- c- Los procesos de comunicación para la salud se constituyen con relaciones de poder profundamente asimétricas, en los que los interlocutores y destinatarios de esos procesos han sido situados en el lugar de receptor pasivo, de “paciente”, por quienes han monopolizado la instancia de producción. Las viejas prácticas de comunicación se constituyeron bajo una perspectiva que desconoce la capacidad del interlocutor y que impidió considerar a todos los implicados del proceso en su carácter de productores de sentido, con lo cual sus relaciones se abordaron en términos de roles estáticos y desiguales. Si las estrategias de salud dominantes se focalizaban en la enfermedad, era evidente que de esa manera se limitó profundamente la capacidad de acción de la comunidad, condenando a los individuos a convertirse en pacientes de los que no se espera más que la adopción de comportamientos sugeridos por la fuente de saber, los especialistas.

Un proceso como éste, en el que se magnifica la importancia de la producción, se construye no sobre el re-conocimiento de los interlocutores sino sobre su des-conocimiento. ¿Qué esfuerzos hacen los profesionales de la salud para hacer que sus mensajes sean comprensibles a sus pacientes? ¿No utilizan en muchos casos una terminología inaccesible para reafirmar su poder? ¿No hacen lo mismo los divulgadores de ciencia? ¿Dónde ponen sus mayores esfuerzos los productores de campañas de educación para la salud: en conocer cuáles son los hábitos de consumo de medios de la “población-objetivo” o en reconocer las concepciones, evaluaciones y percepciones de la comunidad con la que pretenden comunicarse?

Nuestra segunda hipótesis general refiere con mayor énfasis en la perspectiva de los procesos de salud que emerge de los discursos de las prácticas de comunicación para la salud. A ese respecto, dijimos que *“las prácticas de comunicación para la salud han contribuido a construir un imaginario en el que la salud se asocia a la enfermedad (resultado de un proceso) y no a las prácticas sociales (el proceso mismo) que la generan o la previenen”*.

La perspectiva de abordaje de los procesos de salud desde la comunicación ha fomentado la construcción de una cultura del miedo y de la muerte y no una cultura de la calidad de vida. Las estrategias de salud sustentadas en el modelo biomédico de recuperación del enfermo y las posteriores basadas en la prevención se han constituido sobre un cuerpo de discursos que se sustentaron en los valores negativos del proceso (la enfermedad) y no en los positivos (la calidad de vida). Esto dificultó sobremanera el desarrollo de procesos comunitarios de salud, porque si de lo que se trata es de evitar las enfermedades y su consecuencia más temida, la muerte, los únicos que tienen algo que decir y hacer son las fuentes de saber asociadas a las ciencias médicas. Son escasas las prácticas de comunicación para la salud en las que el eje del discurso pasa por recordar los procesos de producción de salud desde la vida cotidiana, desde los hábitos de vida.

Los procesos de comunicación para la salud han difundido contenidos alarmistas y generales, con escaso anclaje en la vida cotidiana de los destinatarios. Los contenidos vinculados a la salud se han definido desde los esquemas de la propia ciencia, desde las patologías definidas en sus discursos, y no desde las necesidades de los destinatarios. Esto explica en parte las dificultades de implicación de la comunidad: no sólo se los interpeló con una terminología propia de una jerga científica, sino que además se les habló de síntomas y no de las claves para descubrir esos síntomas (y los procesos que los generan) en la vida cotidiana. La falta de anclaje en la realidad de esos discursos científicos se manifestó en dos sentidos: por un lado, la escasez de productos comunicacionales que superaran la lógica verbal, la retórica,

e incluyeran otros elementos (visuales, por ejemplo) que aumentaran la comunicabilidad; a la vez, la incapacidad de comunicar a partir de un sujeto social en acción, en las múltiples mediaciones (tecnológicas pero sobre todo sociales) que constituyen la vida cotidiana, el ser y hacerse de los individuos y los grupos en sus diarias prácticas. Al quitarle el carácter concreto, los contenidos fueron reconocidos en tanto discursos, pero despegados de las prácticas culturales, lo que en cierto sentido limitó las posibilidades de que se traduzca en la adquisición de hábitos saludables.

Un horizonte nuevo

Del análisis precedente se desprende un conjunto de críticas a las prácticas tradicionales de comunicación para la salud. Es tiempo de dejar sentados los criterios sobre los cuales asentar nuestra propuesta. Como hemos señalado, el nuevo horizonte que queremos esbozar demanda un doble esfuerzo: por un lado, una ampliación de la perspectiva comunicacional que nos permita ver la cultura misma como un lugar de construcción de sentidos y, por tanto, lugar de producción de salud. Al mismo tiempo, una transformación de esas viejas pero todavía vigentes prácticas de comunicación para la salud, dándoles un sentido nuevo.

En este caso, el objetivo es establecer una serie de criterios generales referidos a la perspectiva de abordaje de los procesos de comunicación para la salud que esperamos puedan desplazar a las actuales prácticas dominantes.

Estos son:

a- Abordar los procesos de comunicación para la salud en el marco de las prácticas culturales.

El fracaso de muchas de las campañas de educación para la salud, basadas en la omnipotencia de las fuentes y los problemas detectados en la divulgación científica han llevado a preguntarse por el proceso mismo.

Los comunicadores conductistas prometían (y todavía prometen) construir un paraíso a través del manejo de un conjunto de técnicas de comunicación, y quienes invierten en ellos quieren ver los resultados. Evidentemente, el problema no se encuentra en la incapacidad de esos comunicadores para hacer uso de esas herramientas, sino a un abordaje simplificador de las prácticas sociales. De lo que se trata es de otorgar el valor justo a las prácticas de comunicación, pero recuperando el terreno de las mediaciones sociales como lugar predilecto de construcción de los sentidos compartidos por una comunidad. Que los interlocutores recuperen sus nombres, que cobren acción, que se les reconozca la capacidad de participar en la construcción social, algo que de hecho hacen cotidianamente más allá de que algunos se empeñen en desconocerlo.

b- Avanzar hacia la construcción de una perspectiva compleja de la realidad social, en la que “lo comunicacional” sea una mirada que se articule con otras disciplinas y con los saberes “vulgares”.

Como señalan los propios expertos de comunicación de la OPS, “la comunicación debe ser incluida como un componente más en los programas diseñados para resolver un problema de salud. Los programas de comunicación por sí mismos, sin el apoyo de otros servicios, no son suficientes”³⁸. No sólo se hace referencia a la imposibilidad de que la

³⁸ Idem anterior, pág. 3.

comunicación suplante o minimice las carencias de los servicios de salud, como puede ser la atención misma en centros hospitalarios tan descuidada en algunas regiones de Latinoamérica. Nos referimos, sobre todo, a la necesidad de recibir aportes de otras ciencias, de construir un abordaje transdisciplinar de la realidad que nos permita reconstruir la complejidad de la que está hecha la vida cotidiana de una comunidad.

El desafío es construir una perspectiva compleja en la que los comunicadores recibamos los aportes de representantes de otras disciplinas científicas, como la sociología, la antropología, la psicología, la pedagogía, y obviamente también de la medicina en los casos de prácticas de comunicación para la salud. También es indispensable que se integren en esta perspectiva los saberes “vulgares” o del sentido común, aquellos que han sido tan menospreciados por la ciencia durante décadas pero que en última instancia nos hablan de las percepciones de los destinatarios de las acciones, de su lógica de acción, y fundamentalmente de sus necesidades y del sentido que quieren imprimirle a los cambios. Por lo tanto, la propuesta es integrar esos sujetos en los procesos de cambio, no sólo como parte del objeto de estudio sino en procesos en los que los habituales destinatarios, ayer ausentes e ignorados, sean artífices y protagonistas del cambio.

c- Reconocer las múltiples mediaciones y actores que participan en la construcción de sentido.

Apostamos a redescubrir una serie de espacios olvidados en los procesos de comunicación para la salud, sobre todo a las mediaciones sociales.

Nos referimos a los ámbitos educativos y de formación (el sistema educativo, escuelas de arte, centros de práctica deportiva), a las asociaciones comunitarias (clubes de fomento, organizaciones barriales, colegios profesionales), también a otros espacios públicos de construcción del diálogo social (comercios, por ejemplo).

Evidentemente, en cada caso, el reconocimiento de esas mediaciones trae consigo un redescubrimiento de actores que pueden ser fuentes y mediadores en el proceso, en lugar de procesos en los que esos roles eran monopolizados sólo por profesionales de la salud y de los medios de comunicación (en sus variables periodística y publicitaria). Esta perspectiva reafirma el valor de una serie de referentes y líderes comunitarios de diferentes áreas del saber y del hacer.

Esto no significa desestimar los aportes de las mediaciones y actores constitutivos de los procesos tradicionales de producción de salud. No podemos estar en contra de la necesidad de proveer servicios adecuados. Exigimos que así sea, pero también esperamos un mayor esfuerzo de comunicación de parte de los profesionales de la salud. De lo que se trata es de sumar actores, para valorizar en los procesos de producción de salud a otras fuentes legítimas que participan en la construcción de los sentidos socialmente compartidos.

d- Reconocer las características, deseos y necesidades de todos los actores del proceso.

Los procesos de producción de salud, y particularmente las prácticas de comunicación para la salud, han estado sustentados en los conocimientos y acciones emprendidos por fuentes de saber-poder que han menospreciado a los otros participantes del proceso. Esto provocó prácticas en las que las fuentes se dirigieron a destinatarios universales, desconocidos,

sin ninguna distinción de sus intereses, necesidades y percepciones de acuerdo a su pertenencia de determinado sector social, edad, género, creencias.

Lo que proponemos es iniciar un proceso en que los actores estén implicados directamente. Esto supone garantizarles un mayor grado de participación en el diagnóstico de su realidad y en la proyección del cambio. De esa manera estaremos promoviendo los nexos necesarios entre la teoría –los saberes producidos en el campo científico, y particularmente en el de la medicina–, y las prácticas concretas que constituyen los procesos de producción de salud de determinado grupo social.

- e- *Es necesario abordar los procesos de comunicación para la salud en tanto procesos de aprendizaje social.*

Si bien en muchos casos las viejas prácticas de comunicación para la salud se desarrollaron con objetivos educativos, como las campañas y el periodismo científico, esa voluntad rara vez se concretó. En general, quienes promovieron esas prácticas fueron incapaces de ver que el aprendizaje no es un proceso lineal, vertical. Es cierto que esos locutores contaban con un saber que no estaba en manos de sus interlocutores, pero no menos cierto es que esos “receptores” también podían enseñarle mucho a los “emisores” sobre sus deseos y necesidades, sobre los contenidos adecuados, sobre las formas de comunicar, sobre las múltiples mediaciones y actores que confluyen en la construcción del sentido.

No se puede hacer comunicación para la salud, sin entender que ese proceso comunicacional es, a la vez, educativo. No se puede construir sin tomar en cuenta aspectos pedagógicos e incorporar lógicas de enseñanza-aprendizaje.

Es necesario romper con la soberbia de la ciencia, no para interrogar a esos interlocutores en tanto objeto de estudio o población objetivo sino como sujetos que pueden ser paríctipes de los procesos de cambio social de su comunidad.

- f- *Los comunicadores debemos hacer un esfuerzo de mediación pedagógica.*

Hemos señalado que las prácticas tradicionales de comunicación han tenido grandes deficiencias, sobre todo como consecuencia de un enfoque centrado en las capacidades y saberes del emisor. En esas prácticas fueron casi inexistentes los esfuerzos por acercar la información, los materiales, a quienes eran en los papeles sus destinatarios. Y eso ha sido responsabilidad compartida de profesionales de la salud y de la comunicación.

Hemos postulado que los procesos de comunicación para la salud son procesos de aprendizaje social. El reto para los comunicadores es adquirir y desarrollar la capacidad de mediación pedagógica, entendida como “*el tratamiento de los contenidos y de las formas de expresión de los diferentes temas a fin de hacer posible el acto educativo, dentro del horizonte de una educación concebida como participación, creatividad, expresividad y relacionalidad*”³⁹.

Este desafío supone una mayor apertura a todos los actores para ser parte en la construcción del sentido, a la vez que un llamado a la búsqueda de formatos novedosos que acerquen la información a los destinatarios, con contenidos que se vinculen con las prácticas concretas para lograr una mejor implicación.

³⁹ IPRIETO CASTILLO, Daniel y GUTIÉRREZ PÉREZ, Francisco; La mediación pedagógica. Apuntes para una educación a distancia alternativa, Buenos Aires, Ediciones Ciccus-La Crujía, Argentina, 1999.

Estas apreciaciones nos acercan a otro concepto central en nuestra propuesta: la comunicabilidad. Tradicionalmente, los procesos de comunicación para la salud han descuidado la expresividad de los materiales y productos, tanto en lo que se refiere a la claridad o dificultad del lenguaje utilizado como a la estética y presentación. Se actuaba bajo la convicción de que lo verdaderamente importante eran los contenidos científicos que allí se incluían.

g- Es necesario comunicar una cultura de la calidad de vida en el marco de prácticas cotidianas.

La estrategia de promoción de la salud pretende impulsar la adquisición de hábitos saludables en el marco de una cultura de la vida focalizando en los procesos de producción de salud y no sólo en sus resultados. Además, es necesario ofrecer un valor agregado, porque como hemos visto para que se produzca un cambio de comportamiento es necesario instaurar una cultura nueva, de la calidad de vida, que reemplace a la cultura del miedo y de la muerte sobre la cual se han basado históricamente las prácticas de comunicación para la salud.

El desafío es grande: una cosa es informar a la comunidad sobre ciertos temas de salud, otra muy distinta es lograr que se forme una opinión sobre ello, pero lo realmente difícil es que esos conocimientos sobre el tema trasciendan a la vida cotidiana, a sus diarias prácticas. Lo que estamos pidiendo es una motivación distinta para que los actores sociales sean los motores mismos del cambio. Evidentemente, esto requiere generar esa motivación, básicamente a través de un cambio en el enfoque de los contenidos de las prácticas de comunicación para la salud. Necesitamos estructurar esos contenidos no sobre privaciones y comportamientos prohibidos, sino sobre hábitos saludables y sus beneficios. Hay que romper con esa mirada negativa de los procesos de salud, con esa cultura del miedo.

¿Podemos esperar que alguien que fuma deje de hacerlo sólo por tener información sobre sus efectos nocivos? ¿Podemos suponer que alguien que disfruta como nadie de alimentarse diariamente con un trozo de carne deje de hacerlo porque le transmitimos que la ciencia ha descubierto que aumenta el colesterol? ¿Es correcto suponer que alguien que pasa tardes enteras sentado en su computadora navegando por Internet o que consume largas horas del día dedicado a la lectura dedicará parte de su tiempo a la actividad física sólo porque le contemos lo nocivo de la vida sedentaria? Debemos ser claros al referirnos a la incidencia negativa de ciertos hábitos, pero mucho más debemos serlo al adentrarnos en los beneficios de los cambios de conducta en el marco de determinados procesos sociales, culturales. Si lo que estamos impulsando son modificaciones de la conducta, tenemos que hacer evidentes los beneficios, porque de lo contrario lo más probable es que los sujetos continúen desarrollando aquellas prácticas que les generan placer.

Preguntas y debate

El proyecto político debe pasar por una ideología, por una opción de sociedad... entonces, ¿cuál es el rol del comunicadores?, ¿cuál de los saberes va a apoyar y promover?

Cuando yo me refiero a un proyecto político, estoy afirmando que tú y todos nosotros/as tenemos opciones políticas, las expliquemos o no, que en nuestro accionar en la vida cotidiana estamos tomando decisiones políticas y que la ética de trabajo como comunicadores reside en transparentar nuestras opciones, porque esto genera la posibilidad de la libertad. La posibilidad de la libertad está en que el otro y la otra sepan de dónde estoy hablando.

Hay otro elemento: cuál es nuestra función en ese espacio, y ahí retomo algunas cosas que se dijeron, Sandra lo decía esta mañana, también lo escuché en estos días entre ustedes... Yo me pienso como comunicador, como facilitador y articulador de prácticas y saberes presentes en los actores sociales, es decir, reconociendo la perspectiva de la alteridad de la otra y del otro, reconociendo el valor del otro/a desde su condición de diferente. La tarea y la función que yo cumplo es la de articular saberes y prácticas presentes para amalgamarlos en un proceso de construcción de nuevos sentidos permanentemente, pero desde un lugar, no desde la opacidad de la no transparencia, porque esa es la construcción que nos enseñaron como objetividad periodística. Mentira, mentira, mentira.

¿La comunicación es una ciencia o una disciplina en construcción?

Me niego a responder rotundamente, compren lo que quieran. Me siento comunicador y si ustedes quieren subsidiario o absolutamente hijo de prácticas, corrientes, saberes y disciplinas diferentes en las que me he ido formando. No quiero construir la fortaleza de los comunicadores, ni como facultad, ni como carrera, ni como lógica profesional, eso no es lo importante.

¿Será necesario reconfigurar la enseñanza académica universitaria para la efectividad de la investigación de la comunicación en lo cotidiano de la vida?

Sin lugar a dudas. En el último tiempo estuve trabajando y tratando de mirar los procesos de formación de los comunicadores/as en América Latina. Creo que tenemos que repensarlo todo, absolutamente todo, pero ojo, digo que tenemos que repensarlo nosotros pero también lo tienen que repensar los antropólogos, los sociólogos, los trabajadores sociales... no es un problema sólo de la comunicación, es un problema que compartimos en general con los procesos de formaciones en ciencias sociales, entre otras cosas porque hemos asumido acríticamente la metodología que viene de las ciencias exactas, de las ciencias duras. No estamos trabajando suficientemente con creatividad para generar procesos científicos desde una perspectiva transdisciplinar, con la mirada puesta en nuestra propia práctica social.

¿Cuál es la diferencia entre lo intradisciplinario, interdisciplinario, multidisciplinario, transdisciplinario?

Lo que se puede explicar mas fácilmente es lo inter y trans. La idea de interdisciplinariedad parte de la base de una determinada autonomía de campos que sin embargo se pueden conjugar en una construcción común. La idea de transdisciplinariedad surge de la base de interrelación, digamos, de la incorporación y del atravesamiento de unos campos por otros y de la construcción de un proceso científico a partir de ese atravesamiento, lo cual supone que nadie tiene un conocimiento pleno, que todos los conocimientos son complementarios, pero no como suma sino como capacidad de producir un saber diferente.

Háblenos de la práctica comunicacional en relación a la negociación de poderes.

Nuestra práctica de comunicación está atravesada por el poder, tenemos que reconocer que construimos en y desde el poder y además ejerciendo el poder, no vamos a decir que yo con el poder no me meto... Ahora bien, el reconocimiento del poder presente exige la negociación, pero la negociación se hace desde un horizonte utópico, allí cobra sentido; sin resignar un horizonte utópico, otra negociación es traición. Gracias.